

NABOKOV

o la profecía de la nueva moral

M. VAZQUEZ MONTALBAN

La hegemonía del existencialismo francés o americano (aquel tristísimo "jumelage" entre París y el Big Sur, de la mano de Sartre y Kerouac) condicionó el talante receptivo del lector espectador de los años cincuenta. Era la suya una retina dramática, condicionada por el grave punto de vista de la elección. El dramatismo del **hacer** y del **hacerse** arrugaba el ceño de la frente y del estómago, mientras se andaba y se hacía camino al andar, se hacía el camino de la libertad. No sé si la impenetrabilidad de lo dicho se basta para reflejar el trascendental hermetismo trágico que presidía la concepción cultural de la posguerra mundial. En ese contexto, la aparición de *Lolita*, de Nabokov, fue una auténtica provocación. Un maduro profesor y escritor ruso nada soviético, es más, que aportaba el anacronismo de ser un "ruso blanco", hacía una pública confesión de ambigüedad moral y no en abstracto, sino en lo que afecta a la emoción de amar y desear. Humbert Humbert, el protagonista de *Lolita*, es una serena parodia del héroe amoral y una serena propuesta de replanteamiento de los límites entre moralidad, amoralidad e inmoralidad. Enamorado de una niña, el maduro profesor será capaz de matar por ella y llevará el juego hasta los límites de la amorosa dialéctica entre el amo y el esclavo.

La obra exigía distintos niveles de lectura. Era una deliciosa parodia de la escritura libertina, un inteligentísimo análisis de la psicología del adolescente y del pederasta controlado, una parábola sobre la moral, una feroz crítica de la cultura americana, una auténtica novela (es decir, no sólo cumplía como discurso inteligente, sino que, además, se convertía en una propuesta de realidad ensimismada, vertebrada). El escándalo temático le dio nombradía universal, basada exclusivamente en la convencionalidad amoral de la anécdota: los amores carnales (sólo insinuados por Nabokov) entre la ninfula y el maduro profesor, bajo la sombra recelosa y patéticamente desfasada de la madre de la niña. Es decir, el público redujo "Lolita" a este argumento:



Un hombre maduro se enamora de una niña y se casa con la madre de ella para poder acostarse con la menor. La inicial reacción de escándalo se contenía un tanto por los componentes aportados sobre la personalidad de Nabokov: es un cultísimo profesor de literatura y uno de los mejores entomólogos de América. Muchos redimieron entonces a Nabokov del pecado de escándalo regalándole la coartada del ejercicio de la *boutade*: "Lolita", se dijo, ha sido escrita *pour epater le bourgeois*. En el alba de la rebelión "teen-ager" y de la caída de muchísimos tabúes sobre la conducta amorosa y sexual, se perdió de vista lo que "Lolita" aportaba como profecía moral. No es que la literatura hubiera ahorrado héroes amoraes con anterioridad a Nabokov. Ahí están esos amoralísimos personajes de Gide, practicantes del "acto gratuito". Pero esos héroes amoraes o bien se angustian por su propia amoralidad o proponen al lector que les condene. Nabokov, en cambio, propone y profetiza desde la más absoluta complicidad con su personaje, desde lo que con un punto de vista convencional podríamos calificar como la más absoluta desfachatez moral.

¿De dónde salía tan curioso escritor? La aparición de *Lolita*, en 1954, sepultó en el olvido publicaciones anteriores de Nabokov. Por ejemplo, Caralt había publicado en España "Cámara oscura", en 1951. Vladimir Vladílorovich Nabokov había nacido en 1899, en Tetrogrado, en el seno de una familia noble y culturalizada, políticamente avanzada, ligada a la opción menchevique. La caída de Kerensky arrastra al padre de Nabokov, y la familia huye de Rusia para instalarse en París, donde el padre muere víctima de un atentado terrorista. Por entonces, el joven Nabokov escribe poemas líricos en la línea de Pasternak, poemas que publicaría compilados en 1952. Escribe en ruso y publica sus primeras novelas en 1926 ("Mashenka") y en 1928 ("Rey, dama, alfíl"). Estudiante en Cambridge y Berlín, se dedicó fundamentalmente a las lenguas y literaturas germánicas, aunque su huida del nazismo hacia Estados Unidos le llevara, finalmente, a la docencia de la lengua y la literatura inglesa. *Cámara oscura*, *Pálido fuego*, novelas que preceden a "Lolita", anticipan al extraño narrador cultísimo, irónico, imaginativo, en el fondo ideológico e ideologizador, aunque en cierta ocasión escribiera: "... una obra de ficción no solamente existe en la medida en que me proporciona lo que llamaré lisa y llanamente



Entomólogo —su gran afición era la caza de mariposas—, experto en tenis, escritor lírico en ruso y tremendamente cínico en inglés, tan hábil en el manejo de los códigos lingüísticos, que nunca sacralizó ninguno.



"Lolita" dio fama universal al ruso emigrado Nabokov. En la versión cinematográfica, de Kubrick, la perversa ninfa que sorbía el seso y empujaba al crimen al maduro H. H. fue encarnada por la actriz Sue Lyon.

placer estético, es decir, la sensación de que es algo, en algún lugar, relacionado con otros estados del ser en que el arte (curiosidad, ternura, bondad, éxtasis) es la norma. Todo lo demás es hojarasca remática o lo que algunos llaman la literatura de ideas, que a menudo no es otra cosa que hojarasca temática solidificada en inmensos bloques de yeso cuidadosamente transmitidos de época en época, hasta que al fin aparece alguien con un martillo y causa un buen estropecio a Balzac, a Gorki o a Mann".

En Estados Unidos, Nabokov vivió como profesor de literatura, practicante responsable del "hobby" de la entomología. Conocido en los círculos literarios de la emigración rusa, *Lolita* le propendría como máxima figura dentro de la literatura norteamericana, a pesar de que la novela procedía de un cuento escrito originalmente en lengua rusa en 1929. El "boom" de "Lolita" dificultó la lectura de las restantes obras de Nabokov hasta la aparición de *Ada* o *el ardor*, obra preferida de Nabokov, considerada por la crítica como su testamento estético. En esta su última novela publicada aparece la escritura distorsionada de Nabokov, hija, en parte, de su sabiduría y distanciamiento crítico, pero también de una cierta irritación por la necesidad de emplear una lengua que no es la propia. Cabría clasificar a Nabokov dentro de esa categoría, tan fructífera para la literatura, de escritores perpetuamente expatriados, escritores idóneos para la distanciamiento de su propia materia, temática y lenguaje. El no va más de esta tipología lo compone Kafka, el judío que vivía en Praga y escribía en alemán. Pero le va a la zaga este Nabokov entomólogo, experto en tenis, escritor lírico en ruso y tremendamente cínico en inglés, tan experto en códigos lingüísticos que nunca sacralizó ninguno.

Quisiera llamar la atención sobre un importantísimo libro de Nabokov, a la altura de "Ada", "Lolita" o "Pnin". Se trata de *Habla, memoria*, una inteligentísima autobiografía a través de la cual el autor quiso inmortalizar su vida de fugitivo. Comentaba irónicamente que para la posteridad V. Nabokov sería ante todo, un nombre que aparece en las tarjetas de algunos museos de zoología del mundo a los que Nabokov llevó raros ejemplares de mariposas disecadas.

No pudo evitar que la memoria culta, inmortal, retenga ya para siempre una de las obras más representativas de la forcejeante moral del siglo XX: *Lolita*. ■